

Llegar a la Casa de Té



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô

Me recordaba a mí mismo caminando otros jardines: lejanos, nebulosos, plenos. Tampoco en ellos los senderos formaban ángulos rectos, siendo, también, sinuosos, como si quisieran mostrarme un mapa a seguir, un esquema trazado en forma de corrientes de agua, esbozado en espirales, descifrado en ondas, circuitos, esferas.

Sí, aquellos senderos eran cualquier cosa, menos atajos.

Primeramente, analicé el camino desde mi propio cuerpo, sufriendo en mis carnes la dureza del recorrido, compuesto de una incontable sucesión de desniveles, ascensos y descensos. Acumulaba cansancio en mis piernas y, en mi interior, iba tomando forma el frío, que desprendía la foresta: húmeda, vaporosa, sola.

Después, traté de entenderlo desde una óptica más cartesiana, intentando averiguar si había o no una razón para aquellos dibujos imposibles, unos trazos que me adentraban más y más en la espesura del bosque. Había razones, para ello, desde luego y, también, propósitos para semejantes diseños.

Finalmente, adopté una última decisión: dejé que otra parte de mí tomara el pulso del sendero que me conducía hacia la Casa de Té. Fue entonces cuando detuve el paso, la respiración y la mirada, entrando a formar parte del Mundo Sensible que aparecía ya, inmediato, sin tregua. Me quedé quieto. Había decidido algo determinante: no quería llegar, no me interesaban ni la línea recta, ni el atajo.

El itinerario del paseo hacia la Casa de Té había hecho tangible lo Inconsciente. El camino me había enseñado una gran lección: La llegada no era más importante que la pisada detenida, silenciosa, pausada.

La metáfora había cristalizado en Enseñanza.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2013